

Margarita Torres Sevilla-Quiñones de León

**LOS QUIÑONES NAPOLITANOS: LOS DUQUES DE
SANTO MANGO**

Dedicado a José Antonio,
excelente profesional,
pero aún mejor ser humano.

Conocí al Dr. Martín Fuertes en mi adolescencia, algunos años antes de iniciar los estudios de Geografía e Historia en la Universidad de León. A lo largo de los años que se siguieron, la vida me acercó a una persona excelente, cortés, sabia y profundamente buena. Supongo que corresponde a otros ensalzar sus virtudes académicas, yo prefiero quedarme con las humanas, pues escasean más en nuestras profesiones comunes. Cuando supe la noticia de su rápida enfermedad, me encontraba trabajando en Cambridge, Inglaterra, y apenas podía creer que las líneas que leía una vez y otra en los correos electrónicos se refirieran a José Antonio. Pero la muerte iguala a todos en su elección y a nadie corresponde cuestionarla, aunque sí se encuentra en nuestras manos vencerla recordando al amigo y al compañero.

La última obra cuya autoría debemos al Dr. Martín Fuertes y a un grupo de directos colaboradores, que hoy continúan con su labor en el Área de Biblioteconomía y Documentación, ofrece al público los fondos del Archivo de los Quiñones, Marqueses de Montevirgen. Un título creado en el s. XVIII, *sobre la tierra de Italia*, como gustan apuntar los diplomas de estas centurias, concedido al Excmo. Sr. Don Manuel Abaurre de Salazar, gobernador del castillo de Nápoles, y que se uniría al de San Carlos a lo largo del XIX quedando ambos en manos de los Quiñones de León, entre cuyos miembros se cuentan varios embajadores, políticos, historiadores y hombres de ciencia. Uno de ellos, Fernando Quiñones de León, Marqués de Alcedo, preocupado por recomponer la historia de la estirpe Quiñones, recuperó ésta en diversos libros y monografías, el más conocido de todos el que lleva por título *Los Merinos Mayores de Asturias (del apellido Quiñones) y su descendencia. Apuntes genealógicos, históricos y anecdóticos*, editado en Madrid en 1918 que vio la luz en dos volúmenes.

En él se evidencia su fascinación por las ramas de la familia afincadas

o vinculadas al Reino de Nápoles, no en vano Alcedo descendía de varias de ellas. Deseoso de recuperar la herencia italiana, trató de rehabilitar la dignidad de Duque de Sasso o, en su defecto, Santo Mango, llegando, incluso, a retocar, cuando no rehacer, diversas partidas de nacimiento, algún que otro árbol de parentesco. Sin embargo la vida a veces nos depara sorpresas, especialmente a los historiadores, y, en ocasiones, después de gastar años en una búsqueda infructuosa, descubrimos que el objeto de nuestros desvelos se encontraba más cercano de lo que suponíamos. Así ha ocurrido también en esta oportunidad, como tendremos ocasión de comprobar.

En 1628, Bernardino de Quiñones Felices, fue creado Duque de Sasso en virtud de una merced de Felipe IV. El privilegio de concesión, que incluye la facultad de cambiar la denominación de Sasso por otra a gusto del beneficiario, se conserva en el Archivo de Simancas, como recuerda el Marqués de Alcedo¹.

Gracias a nuestras propias investigaciones, podemos hoy recomponer el cuadro familiar de este primer Duque, así como esbozar las actividades de esta rama del linaje Quiñones en Italia. Comencemos por el padre de Don Bernardino: Diego de Quiñones Muñatones, caballero de Alcántara.

Diego había nacido en León, hijo de Don Antonio de Quiñones Lorenzana, segundogénito del Señor de la Casa de Sena, y de Doña Catalina Muñatones Ullauri, de estirpe vasco-navarra². Su madre quedó viuda en fechas tempranas y la necesidad material le llevó a solicitar a la corona el pago de ciertas mercedes y cantidades que la reina Juana, madre del emperador Don Carlos, concedió a la estirpe de su marido. En concreto los juros sobre Gordón y Vega de Infanzones que sumaban una cantidad aproximada de unos dos mil maravedís. En esta petición se recuerda su matrimonio con Antonio de Quiñones, y la minoría de edad de sus hijos Diego –el mayor–, Suero, Bernardino y Francisco³. Curiosamente tan

¹ En su referida obra sobre los *Merinos Mayores*, tomo I, p. 227.

² Así lo reconoce este caballero en diversos documentos, entre ellos su testamento, de los que daremos cuenta más adelante. Las partidas de Bautismo de sus hermanos se conservan en diversas parroquias de León. La de Claudio, por ejemplo, nacido en 1569, se halla en la de San Pedro (San Isidoro) (F. CADENAS VICENT, *Antigua nobleza leonesa. Apellidos nobles y distinguidos de la Ciudad de León*, Madrid, 1958, p. 126).

³ AGS, *Mercedes de Juro*, Legajo 538, folio 9. Petición de 17 de noviembre de 1587.

sólo se incluyen los varones en la relación aunque, como el mismo Diego recordará a su muerte, cuenta con hermanas profesas en diversos conventos leoneses.

La lógica necesidad llevó a Diego de Quiñones a enrolarse en las milicias que componían los tercios españoles. En ellos sirvió a la corona durante sesenta años, en diversos puestos y en distintos regimientos, primero en calidad de soldado, más tarde alférez, luego capitán de arcabuceros. Luchó en Portugal y Flandes antes de embarcarse en la Armada de la Mar Océano, donde, peleando con unos galeones ingleses, fue herido de un disparo en el pecho, salvando la vida de milagro. Después de este desafortunado incidente, y con la salud deteriorada, se le destinó al Reino de Nápoles, como capitán de Infantería, y, más tarde, castellano de las plazas italianas de Baya, Capua y San Telmo. Finalmente, su carrera al servicio del monarca concluye en Nápoles, donde se le premia con las siguientes dignidades: Gobernador y Capitán a Guerra de las Provincias del Principato Ultra (1618) y la Tierra de Bari (1621), Capitán de una compañía de españoles, la escribanía de ración del dicho reino de Nápoles y un puesto en el Consejo Colateral del mismo (1614), además del hábito de Alcántara (1611)⁴.

Allí conoció al que sería su suegro, Don Diego de Felices, caballero italiano igualmente al servicio de Su Majestad, que desempeñaba el puesto de Gobernador del castillo de Barletta⁵, con cuya hija, Francesca de Felices Marulo, desposó⁶. Si los Felices se habían distinguido por sus actividades en Italia siempre formando parte de los tercios, los Marulo pertenecían a una familia de la primera nobleza italogriega. Los antepasados de Francesca, por parte de su madre, escaparon de una prisión segura cuando Bizancio cayó en manos de los turcos en 1453. Al igual que otras familias italianas, según consta en diversos nobiliarios latinos al uso, procedían de una estirpe senatorial romana cuyo *cognomen* era, precisamente, ése: Marulo.

Fruto del matrimonio nacieron varios hijos: Suero, Lupercio, Catalina, Ana Eulalia, Casandra, Constanza, María y Bernardino, el primogéni-

⁴ Datos extraídos de un memorial elevado al rey de España por Bernardino, su hijo, y que se conserva en Simancas (AGS, *Mercedes, Secretarías Provinciales*, libro 372).

⁵ AGS, *Mercedes, Secretarías Provinciales*, libro 372.

⁶ El 4 de febrero de 1607, según consta en el libro primero de matrimonios, folio 58 vuelto del archivo de la parroquia de S. Marco di Palazzo, en Nápoles).

to (1609)⁷, de quien nos ocuparemos.

Después de toda una vida de servicio, Don Diego de Quiñones fallece en Nápoles, en 1628. En su testamento (1626) y posterior codicilo al mismo (1628), especifica que nombra por universal heredero a Bernardino, su hijo mayor, tanto sobre los bienes italianos como sobre los vinculados “*y antiguos*” que le tocan en León y los que le dejaron sus padres libres de toda ligazón. Pero, sabedor de la escasa rentabilidad de éstos, sugiere al primogénito que los venda invirtiéndolos en Nápoles en tierras o rentas. A continuación, a manera de mayorazgo, regula que, si Bernardino fallece sin descendencia ni legítima ni natural, suceda en la hacienda Suero, su hijo segundo, si éste muere igualmente sin prole, lo haga Lupercio, y, a continuación de éste, sus hijas y que ésta vinculación sirva, tal es su voluntad “*in infinitum*”, sin que se pueda vender nada. El monto total de la herencia debía sumar una elevada cantidad, si juzgamos éste en función de las dotes espléndidas que destina a sus hijas, que superan ampliamente los mil ducados. Además, como señal inequívoca del prestigio personal de Don Diego, acompaña las dotes de la posibilidad de obtener un hábito para aquel caballero que se despose con cualquiera de sus hijas, gracias a una merced real concedida a su persona.

Aparte de las propiedades italianas y leonesas referidas, goza de un juro en Sevilla sobre la renta de esclavos negros, y de las alcabalas que compró en Vegacervera, con alta y baja jurisdicción. Así mismo adquirió una granja en Tarento valorada en unos mil quinientos ducados que destina a su primogénito.

En cuanto a los demás hijos, especifica que dos de ellos, Ana y Catalina, desea que sean monjas profesas, mientras que Lupercio, más joven, se encuentra en ese momento estudiando Gramática. Para él desea que, cuando alcance la edad suficiente, su familia le apoye a fin de conseguir el hábito de la orden de San Juan, o algún título. En cuanto a Suero, le nombra heredero de los estados, mayorazgos y bienes diversos que le correspondan de Don Diego de Felices y Doña Costanza Marulo, sus abuelos. En caso de perder toda sucesión, tanto de varón como de hembra, recomienda que herede sus estados su primo homónimo, Diego de Quiñones, señor de Sena. Finalmente, aconseja a Bernardino que regrese a España para hacerse cargo de la herencia leonesa y poner al día estos asuntos, sin olvidarse de aprovechar la ocasión para solicitar a la corona

⁷ Archivo Parroquial de Santa Anna di Palazzo, libro tercero de bautizados, folio 40. Las restantes partidas constan, igualmente, en este archivo.

la merced de un título⁸.

Realmente sirvió bien a Su Majestad el primogénito de Diego, pues recibió la dignidad ducal de Sasso, luego Santo Mango en la tierra de la Basilicata, reino de Nápoles, como ya hemos referido. Según un memorial de éste, respaldado por el conde de Oñate y D. Juan José de Austria, Bernardino, al frente de una compañía de españoles nobles, había desempeñado diversos puestos de máxima responsabilidad en Nápoles, como el de Gobernador y Capitán a Guerra de la Ciudad de Bari. Con ocasión de los disturbios de Italia, en la década de los años cuarenta del XVII, acudió al frente de su compañía al estado de Milán y, llegado a Gaeta, presencié el ataque de la Armada de Francia cuya intención era desembarcar en la isla de Nasita, aunque él consiguió, junto a sus hombres, rechazarlos por tres veces, hasta que la notoria superioridad enemiga le forzó a abandonar la plaza no sin antes librar un navío del fuego y embarcar en él a parte de las tropas españolas salvándoles, así, la vida.

Según informa Don Juan de Austria, este caballero, además, limpió de bandidos la provincia de Basilicata. Por sus buenos méritos, fue nombrado teniente de Capitán General de la Escuadra de las Galeras de Nápoles. Pero no sólo sus actividades se centraron en la milicia, así mismo sufrió en sus propiedades las consecuencias directas de la violenta reacción italiana al dominio de los Austrias cuando, después de perder más de seis mil ducados de su hacienda al servicio de la corona, sus casas en Nápoles fueron bombardeadas desde la fortaleza de Castilnovo⁹. ¿A qué se debió este ataque? A que Don Bernardino descubrió la conspiración antiespañola entre cuyos cabecillas se contaba su propio cuñado: Giovanni Orefice, príncipe de Sanz (decapitado en 1640), y que hizo tambalear las estructuras del poder de Felipe IV sobre estas tierras en la década de los años cuarenta y a la que no fueron ajenos otros miembros de la familia del duque como el marido de su hermana Casandra, Alexandro Felice Rovito, duque de Castel Sarraceno¹⁰.

⁸ Datos extraídos de ambos documentos conservados en AGS, *Mercedes de Juro*, legajo 589.

⁹ AGS, *Secretarías Provinciales*, libro 381, folio 60 y ss.

¹⁰ Bernardino, después de su estancia en España, desposó con María de Orefice, descendiente de una familia originaria de Sorrento (Parroquia de S. Agnello Maggiore, libro 1º de Matrimonio, parte 2ª, folio 70). Hija de Antonio de Orefice Mascambruna, y de Juana de Mendoza, príncipes de Sanz, entre sus hermanos se contaban, además de Giovanni, el primogénito y heredero del

(cont.)

Poco antes, en 1639, pierde la vida el único hijo nacido de su unión con María de Orefice, Diego de Quiñones, un muchacho de apenas diez años¹¹. Nada le vincula ya a Italia. Quizás este hecho, unido a las escasas simpatías que despierta entre la nobleza napolitana, fuerzan a Don Bernardino de Quiñones a abandonar Nápoles hasta poco antes de su muerte, en 1668.

Los años transcurridos en España disminuyen su ya menguada hacienda, como reconoce en un memorial elevado al rey en 1643¹². En otros documentos, incluidos por el Marqués de Alcedo en su tomo I de *Los Merinos Mayores de Asturias*, se da cuenta de las vicisitudes por las que atravesó el duque, que se encontró forzado a vender hasta su propia cama, un mueble de excelente factura y calidad, para afrontar sus gastos. También recoge Fernando Quiñones de León las cartas de poder otorgadas a favor de su pariente, el caballero de Santiago Don Ramiro Díaz de Laciana y Quiñones, que administra sus bienes en León¹³. Tanto los unos como las otras muestran la situación en la que se encuentra un hombre que se ha distinguido por su leal servicio a la corona, una actitud que le ha costado perder su posición y que le condenará, de cara a sus parientes y compatriotas, hasta su muerte.

Decíamos que, en 1639, pierde a su único hijo, Diego. Tal vez convenga matizar esta aseveración. Es cierto que, de su matrimonio napolitano, no tuvo otra descendencia. Así lo reconoció también el Marqués de Alcedo, cuando trató de rehabilitar la dignidad de Santo Mango. Pero mientras éste trataba desesperadamente de demostrar el parentesco común con el caballero napolitano, muy cerca suyo, en Astorga, una parroquia custodiaba el documento que le hubiera valido para demostrar que tenía razón: Bernardino de Quiñones, duque de Santo Mango sí tuvo más sucesión.

título paterno, Luigi, caballero de Malta y Calatrava, esposo de la condesa de Castrogliano, y Cecilia, condesa de Chiaramonte. Tanto para la genealogía como en lo que se refiere a los acontecimientos históricos que culminaron con los disturbios napolitanos de la década de los años cuarenta, véase: S. VOLPICELLA, D. Giovanni Orefice, príncipe de Sanz. Decapitato in Napoli nel 1640, *Archivio Storico per le Province Napoletane pubblicato a cura della società patria, fascicolo IV* (1879), pp. 713-742.

¹¹ Archivo de la Parroquia de San Juan el Mayor (*San Giovanni degli Spagnoli*), libro segundo de difuntos, folio 135.

¹² AGS, *Secretarías Provinciales*, libros 375 y 381.

¹³ F. QUIÑONES DE LEÓN, *Los Merinos Mayores, I*, pp. 227-230.

Merced al azar, fruto de la suerte, o porque así debía de ser, durante unas investigaciones genealógicas privadas descubrimos la partida de nacimiento del único descendiente varón del duque: Domingo de Quiñones (1628)¹⁴. Como recordará el lector, comentamos en las páginas precedentes que, siguiendo los consejos paternos, Bernardino viajó a España para controlar la situación de su hacienda leonesa en 1627-1628. Aquí conoció a la madre de este hijo a quien quiso poner Domingo, en honor del santo napolitano Domingo Soriano, por la devoción al mismo de la que siempre hizo gala su progenitor y que queda demostrada en su testamento¹⁵.

A su muerte, tan sólo este hijo español continuó con la memoria del linaje, hasta nuestros días, emparentando su descendencia con la de los marqueses de Montevirgen y San Carlos en una extraña jugada del destino que quiso reunir a las ramas italianas de una misma familia, aunque el título ducal de Santo Mango desapareciera en el siglo XVIII.

¹⁴ Archivo de la Parroquia de Santa Marta de Astorga (León). Libro de Bautizados, año 1628, folio 143 recto.

¹⁵ En él dispone cincuenta ducados para la obra del altar dedicado a este santo, cuya devoción es, fundamentalmente, napolitana.

GENEALOGÍA DE LOS DUQUES DE SANTO MANGO (SIGLOS XVI-XVIII)

